

EL VERDADERO CAMPO DE BATALLA

Hace apenas dos billones trescientos cincuenta millones de años que nació la tierra. Uno de los primeros historiadores de la humanidad, Hesiodo, describe la tierra como un mundo que emerge de un caos primitivo: primero, los cielos; segundo, las montañas; tercero, los oceanos; cuarto, los dioses. Los geólogos modernos creen que el globo se formó de residuos de materias desprendidos del sol cuando chocó con una estrella, que se convirtieron en el mundo que hoy conocemos después que la tierra adquirió una atmósfera y un oceano. Mejorando la vieja fórmula de Hesiodo los geólogos modernos parecen estar conformes en el hecho de que el desenvolvimiento de la tierra fué el siguiente: primero, las montañas; segundo, la atmósfera, o sea los viejos cielos de Hesiodo; tercero, el oceano; cuarto, el hombre.

Los primeros seres vivientes de que se tienen noticias, son unos reptiles poderosos, que aparecen en la época conozoica, el ictiosauro, el megalosauro, el brontosauro y el tiranosauro, magníficos exponentes del crecimiento, que tenían de diez a dieciseis metros de longitud, entre cuyas alturas un elefante niño de nuestro tiempo parecería como un pollito ridículo. Hay dos versiones sobre la desaparición de estos importantes seres de la faz de la tierra; una versión dice que de tanto crecer se encontraron con el humorístico problema de que no podían bajar el pesquezo para comer y por ello murieron de hambre; otra

versión dice que con estos importantes seres acabó un insectillo que salió del mar. No es nuestro propósito hacerles creer, a este amable grupo de amigos que tan optimistas se sienten, que estos fueran el primer, el segundo o el tercer antecesor nuestro. Es más para anticiparnos al escrúpulo religioso de cualquiera de los señores presentes, que haya pedido acertar la distancia que hay entre el paraíso y la tierra mediante una sólida convicción de tipo religioso, debo advertirle que la ciencia se ha rendido ante la religión, o la religión ha ascendido hasta la ciencia en una afirmación retunda; que el nacimiento del hombre, no importa cual haya sido su tragedia evolucionista, es de carácter providencial.

Un designio superior a los conocimientos humanos, rige con cósmica habilidad la vida de la tierra. Nosotros vivimos a causa del paradójico equilibrio que en el mundo físico crea la propia destrucción de la naturaleza. Si una gran parte de las semillas que pueden fructificar, no fueran destruidas pacientemente por la naturaleza, año tras año, los hombres nos hubiéramos asfixiado dentro de un oceano de plantas que nos hubiera arrojado de todo el globo; si las hormigas parieran más de una vez en su vida, las hormigas hubieran despejado al hombre de su territorio y hubieran hecho a su vez del mundo un gigantesco hormiguero, y por ende, hubieran hecho una civilización de hormigas; si el mar, que ya ocupa las tres cuartas partes del globo terráqueo no estuviera controlado por este poder superior a toda

la inventiva humana, podría darse el caso del oceano universal, que destruiría a los hombres, que más modestos que la rana, no pueden vivir nada más que sobre la tierra.

El mundo que nos hizo Dios, para que nosotros viviéramos en paz, es un mundo cuyo destino telúrico nunca podremos dominar. Las más fuertes ciudades que haya creado el hombre pueden desaparecer por una simple eroción de la corteza, sobre la cual con tanta seguridad caminamos. No hay combinación de sabios capaces de acabar con el invierno, ni instituto científico que pueda desalojar el verano del mundo. Debajo de nuestros propios pies, la química poderosa que desarrolla el suelo, no puede ser en forma alguna intentada por todos los laboratorios del mundo, ni los materiales de que disponemos serían suficientes siquiera para alterar la función de destrucción y de creación simultáneas que en favor de nuestra vida orgánica desarrellla la propia tierra. Parece que esta limitación de las facultades humanas fué la que preocupó profundamente al hombre de la antigüedad, que se sentía como una criatura desvalida, mecidos entre brazos negros y misteriosos de una nodriza ubérrima.

Cuando el hombre nace, los biólogos están conformes con la religión, en la profesía de que ha nacido el ser más perfecto que ha habido hasta ahora sobre la tierra. Sin embargo, excepto por su cerebro, el hombre es el conglomerado de órganos más humildes, que ha aparecido sobre la tierra. El tiranosauro

de que antes hablé pesaba cincuenta toneladas, sus mandíbulas eran la trituradora más imponente que se pueda imaginar y cuando se peleaba con cualquier vecino prehistórico la propia selva se moría de terror. Por qué esta suplantación del hombre sobre ciertos organismos monumentales, cuya grasienta grandeza apenas podemos hoy concebir?

Es un animal multicelular con cabeza erecta y sistema sanguíneo, un vertebrado terrestre que se convirtió en un mamífero gregario, cuya hembra podía llevar el ovulo de la fecundación dentro de sus propias entrañas; había desarrollado cierta destreza para vivir sobre los árboles y estaba dotado de un formidable instinto de autopreservación. Como poblador resultó ser un ente moderado que ha podido vivir hasta hoy sin congestionar totalmente la cuarta parte del globo que nos pertenece. Del chimpancé adquirió el hábito de cruzarse las manos encima de la cabeza cuando llueve, una de las actitudes filosóficas más auténticas de que se tiene conocimiento en la historia de la humanidad.

Los códigos más viejos de la humanidad no estatuyeron nada sobre cómo el hombre tenía que repartirse el mundo. El primer estatuto que trata de regir la convivencia humana son las tablas de Moisés, un decálogo de diez mandamientos que le ordena amar a Dios sobre todas las cosas, no jurar su santo nombre en vano, santificar las fiestas, honrar padre y madre, no matar, no hurtar, no levantar falsos testimonios, no desear la mujer de su prójimo, no codiciar los bienes ajenos y no pensar, decir, ni hacer cosa al-

guna contra la castidad. Las ciencias políticas, sociales y económicas nos dicen hoy, sin embargo, que el hombre se nos ha convertido en un transgresor de la ley fundamental por su instinto de acaparamiento de las mejores áreas de la tierra, por su instinto de adquisición del trabajo de los otros hombres para propio beneficio, y por su instinto de segregación del canongregario que le impuso la naturaleza para su subsistencia jurídica.

Los dignificadores de la personalidad humana desde Sócrates hasta Rousseau, para hablar de gentes que no tienen pleito ninguno con el pensamiento contemporáneo; nos han estado tratando de explicar que los hombres nacieron libres e iguales, que la vida de los hombres en sociedad está basado en un contrato de derechos inalienables y que todo acto que conduzca a la esclavitud, a la explotación, a la adquisición es un acto antijurídico dentro del solemne contrato que tenemos los hombres, los unos con los otros, para vivir en este mundo. Cualquiera conducta anti-social es una regresión al caos primitivo, del cual salimos, gracias a un esfuerzo combinado de todas las fuerzas del bien sobre la naturaleza.

Lo que hoy se observa en el mundo, el contraste que tiene estupefactos a todos los que saben que en cualquier momento la naturaleza puede acabar con el hombre como si fuera el más modesto caracol de playa, o que cualquier bombardeo de meteoritos de algún tamaño o de pequeños asteroides acabaría con la tierra es el empeño del hombre, en vez de armonizar su conducta social dentro de la armonía profunda del mundo que lo alberga, y vivir de acuerdo, con leyes naturales, lógicas y eter-

nas que hagan de su paso por la tierra el más cierto tránsito para su retorno a Dios.

El mundo que han creado los hombres, el universo falso movido por una tremenda gula societatis, nos demuestra un penoso contraste con el mundo armónico que creó Dios para alojar al hombre. En la naturaleza todo es armonía, hasta la destrucción que no permite que muramos asfixiados por plantas ni por aguas, que permite que el aire sea la más poderosa empresa naviera y aérea que se conoce, por donde caminan millones y millones de toneladas de semillas, de gérmenes, de partículas que van rellenando equedades, controlando la producción vegetal, distribuyendo los sonidos, dándole permanencia a las rocas, retardando centuria tras centuria de cataclismo geológico.

El mundo creado por el hombre tiene como divisa esencial de la vida que los seres humanos valen por lo que adquieren o sea un hombre de cien mil dólares vale cien mil dólares y un mendigo vale los diecisiete centavos que recoge en la limosna. La lucha entonces queda reducida a apoderarse de algo, dineros, famas u oportuñidades. El plan económico no tiene sistema ni sabemos como vá a parar aunque sabemos como se ha desarrollado. Nadie todavía nos ha explicado medianamente cómo podemos evitar que un solo hombre se apodere de todas las riquezas humanas. Los que hablan de redistribución entre todos los asociados del formidable contrato social, parece que están atentando contra la salud del mundo y que están en un límite anárquico con idea de hacer desaparecer del mundo las honorables

*La crisis de
este continente
es la guerra
actual*

plusvalías que ha conseguido el hombre con su inteligencia. Hoy estamos peleando la guerra más insensata que conoce la humanidad. A pesar de que desde el 1900 para acá sabemos gracias a Mendel que la recombinación de los genes solo nos permite considerar a la raza, como una condición cuantitativa y no cualitativa, uno de los tópicos favoritos de esta guerra es que es una lucha de una raza superior contra razas inferiores. Al principio de las hostilidades los capitalistas se pusieron a sabotear a la democracia torpemente sin darse cuenta de que la democracia, con su economía legalizada es la que hizo posible el florecimiento competitivo y la absorción de valores que representa el capitalismo contemporáneo; algunos sacerdotes se pusieron a sabotear a la religión bendiciendo los cañones que iban a disparar contra criaturas de Dios, sin darse cuenta de la función trascendental de la religión que es lograr el desarme definitivo de un hombre contra otro. Gentes que han sido víctimas de todos los prejuicios raciales, sociales, e económicos, que tuvieron que abandonar sus tierras para poderse librar de la trágica desigualdad entre hombres que habían heredado una misma alma, se pusieron a sabotear el plan americano de vida, que le permite a todos los hombres trabajar y convivir, sin inferioridad de casta ni de clase ni de credo.

Ahora bien, mis queridos amigos del Club de Optimistas de Puerto Rico, la posibilidad de ganar esta guerra lo único que significa es que en vez de estar sometidos a la tutoría de un solo hombre, con

tres o cuatro alcaguetes indecentes viene hacia nosotros una movilización cristiana para una batalla que puede durar siglos. Esa es la perspectiva trascendental de esta guerra. Desde Platón para acá sabemos que el verdadero campo de batalla del hombre individual está en el espíritu. Salimos de una guerra sangrienta para entrar en otra guerra mayor. El hombre moderno no se vá a sentir libertado cuando Stalin entre en Berlín, los ingleses en París y los americanos en Tokio. Muchas veces en el curso de la historia pasada los grandes generales han entrado en las capitales rendidas, muchas veces esa entrada lo único que ha hecho es asegurarle a un pueblo su esclavitud sobre otro pueblo. El balance de todas las guerras en el mundo ha sido el desplazamiento de unos poderes políticos por otros o sea de una esclavitud por otra. El hombre antes soportaba esto porque la guerra no tenía proximidad para él y había perdido parte de su realidad. Los que peleaban eran siempre infinitamente menos de los que esperaban. Provocar otra guerra en el futuro es exponerse a morir como han muerto los londinenses y los berlineses, fuera de los campos de batalla, sin ninguna responsabilidad ante el fracaso bélico, y lo que es peor aún, sin la tensión del combate y los sufrimientos que hacen de cada soldado un hombre que lucha ferozmente por su subsistencia. Los bombardeos aéreos del futuro serán para destruir totalmente cualquier país. No habrá soldados que se despedazen para que se enriquezcan pacíficamente unos cuantos emboscados de la retaguardia. La guerra futura sería una bala que amenazaría el pecho de todos

los hombres del mundo.

La paz a que cada día nos acercamos más, donde el instinto de libertad del hombre ha sido superior a los cálculos más mortíferos de los eternos ajedrecistas del arte bélico trae otra guerra, de dimensiones más gigantescas: la guerra por la liberación definitiva del hombre. En esta nueva guerra nos daremos cuenta de la verdad trágica de que el hombre ha caminado hasta hoy por la humanidad sin ningún plan definido. Ni la producción, ni la cultura, ni la religión, ni las ciencias, han demostrado que tienen un plan definido de acción, de contacto humano, de moral cósmica que pueda resolver el viejo contrato del hombre con la sociedad. La producción no ha llevado alimento suficiente y barato a todos los seres humanos; la cultura no ha logrado destruir el impulso de devastación humano que todavía siente dentro de sí cada hombre; la religión no ha logrado dominar los impulsos adquisitivos de la humanidad, la economía no ha logrado establecer la vida humana bajo ninguna regla eterna mediante la cual la riqueza extraída de las propias entrañas de la tierra haya asegurado la subsistencia permanente del hombre. En el mundo que nosotros hemos creado la armonía es inferior a la profunda armonía de igualdad y de protección humana que le concede la naturaleza al hombre. En el mundo que nosotros hemos creado el hombre le ha disputado al otro hombre en una lucha mortal, la paz, la seguridad ante la muerte y el alimento. Esta guerra

es superior en dimensión humana, en profundidad filosófica, en espesor religioso a las guerras ridículas que hemos peleado en el pasado. La redistribución de los medios de vivir significa la única paz, la única libertad de que podrá gozar el hombre y hay que hacerlo con el amplio punto de vista, que el auténtico pesimismo conque una vez el hombre se enfrentó con las fuerzas de la naturaleza y a fuerza de cruzarse las manos sobre la cabeza cuando llovía y de desarrollar el tipo de vida más adusta y más cristiana pudo vencer a los monstruos de fuego que creía el que habitaban en el fondo de la tierra.

Puede ser que estos monstruos de fuego habiten todavía. Una vez habitaron sobre la tierra, llegaron a pesar cincuenta toneladas, a tener dieciseis metros de longitud. Nada de extraño tiene que Dios decida volverles a crear en el fondo de la tierra, para que si nos portamos mal, suban a la superficie y nos devore.

Amigos amables del Club Optimistas de Puerto Rico, me temo que la actitud que más le conviene al hombre contemporáneo sea una actitud pesimista. Nunca nos habían puesto a prueba nuestras modestas humanidades como nos la van a poner ahora. Para llegar a donde hemos llegado hemos desarrollado un prejuicio horrible que puede ser la pesadumbre del resto de nuestras vidas, el prejuicio contra el hombre caído. Tratando de excusar nuestra conducta por habernos apoderado de una serie de tierras que Dios no dijo a quien pertenecían vamos a tener que sufrir una renovación cristiana de tal tamaño que toda nuestra actual

ideología, las más retrógradas y las más avanzadas no será capaces de llevarla a cabo. Los profesores universitarios tienen que empezar a decirle a sus discípulos que el hombre es un pequeño grano de avena dentro del mundo que lo rodea; los economistas que la economía que hasta ahora hemos sustentado no ha logrado hacer feliz a cerca de un billón de almas, los religiosos tendrán que volverse a mojar los ojos con llanto y a llenarse la boca de admoniciones; los cultos, que suelen ser los más prejuiciados, darse cuenta que entre los bienes a repartir está el conocimiento y los hombres todos a no recelar del resto de los hombres, y no venderle su alma al diablo y a saber que la misma dignidad humana tiene tanto el hombre que posee cien mil pesos como el mendigo que recibe diez y siete centavos de la limosna. Si alguna gota de preocupación he logrado infiltrar en la plácida digestión del Club Optimistas de Puerto Rico, yo me siento satisfecho.